

Leer la Biblia 2

Revitalizar la lectura de la Biblia

Rebeca Reynaud

La Biblia se conquista como la ciudad de Jericó: dándole vueltas. Se han de tomar en cuenta los contextos históricos y literarios de los libros sagrados, junto con los criterios que vienen de la teología: la unidad de la Escritura, el conjunto de las verdades de la fe y la tradición de la Iglesia. La Tradición es la Palabra de Dios no contenida en la Biblia, sino transmitida por Jesucristo a los Apóstoles y por éstos a la Iglesia.

La interpretación

La investigación científica de los textos es inseparable de la fe: sin la fe no hay una interpretación científica de la Escritura, y sin la investigación de los textos no habría una interpretación teológica de la Biblia.

La palabra *testamento*, en el idioma original, quiere decir alianza, pacto. Los libros de la Biblia no se podrían entender si se prescinde del pacto que Dios hizo con el pueblo elegido, primero en el Antiguo Testamento y luego en el Nuevo Testamento. El Señor ha hecho dos grandes pactos con el hombre: la antigua y la nueva alianza. El antiguo pacto lo hizo con Abraham y lo renovó con otros patriarcas. Y el nuevo pacto lo hizo a través de Jesucristo. Ambos pactos apuntan a Cristo. El Antiguo Testamento apunta a la primera venida de Cristo. El Nuevo Testamento apunta a la Segunda venida de Cristo. Antes de morir Cristo dice: "Todo está cumplido". ¿Qué está cumplido? El antiguo pacto y, con él, las profecías. Al apuntar a Cristo el pacto apunta a la redención. Cuando Cristo muere en la Cruz, el pacto termina. Empieza la nueva alianza, que apunta a lo mismo, al cumplimiento de la redención. La redención está hecha, pero la salvación no está completa. La consumación de la salvación se dará cuando Cristo venga a juzgar a vivos y a muertos.

Hay personas que leen la Biblia al azar, y no toman en cuenta que los libros de la Biblia tienen una unidad, y están vinculados a uno u otro pacto. Abraham, Moisés, los reyes y los profetas tienen que ver con el pacto, con la alianza.

El teólogo Scott Hahn narra: *Lo que descubrí fue que la Nueva Alianza estableció una nueva familia que abarcaba toda la humanidad, con la que Cristo compartió su propia filiación divina, haciéndonos hijos de Dios¹ (...). Tracé una línea cronológica que mostraba cómo cada alianza que Dios hacía era su forma de actuar para engendrar su familia a lo largo de las épocas. Su alianza con Adán tomó forma de matrimonio; la alianza con Noé fue en una familia; con Abrahám la alianza tomó forma en una tribu; con Moisés la alianza las doce tribus en una nación familiar; la alianza con David estableció a Israel como una familia nacional de reyes; mientras que Cristo hizo de la Nueva Alianza la familia de Dios a nivel mundial, su familia*

¹ Scott y Kimberly Hahn, *El regreso a Roma, el regreso a casa*, Ignatius, San Francisco, p. 31.

“católica” (del griego *katholikos*), para incluir a todas las naciones, tanto judíos como gentiles”².

También se ha de tener en cuenta que, para interpretar el texto, necesitamos de la Iglesia porque no debemos guiarnos solos: “Ninguna profecía de la Escritura puede interpretarse por cuenta propia” (2 Pedro 1, 20). La Iglesia, como madre y maestra, es la auténtica intérprete. Aceptar y vivir esta verdad requiere humildad.

Isaías habla del *Siervo sufriente*; los judíos aplican el término al pueblo judío y los católicos a Jesús. Las dos interpretaciones son correctas y aceptables, pero la que pone a Cristo como protagonista es plena. Hablar del Siervo del Señor no es hablar sólo del elegido de Dios, es hablar también del rechazo que sufre por parte de sus congéneres. San Mateo contiene enseñanzas que iluminan el misterio de la *reprobación de Jesús, el Mesías prometido*. El evangelista va respondiendo de diversas maneras a ese misterio: unas veces, al relatar los episodios de la repulsa de escribas, fariseos y príncipes de los sacerdotes hacia Jesús; otras, al narrar los sufrimientos de su Pasión, hace ver cómo esos acontecimientos de la vida de Cristo no son una frustración del plan divino, sino que estaban previstos y anunciados por los Profetas, y son su cumplimiento (Mt 12,17; 13,35; 26,54.56; 27,9).

Cuando San Mateo narra la vuelta a Nazaret de José, dice: «Allí permaneció hasta la muerte de Herodes, para que se cumpliera lo que dijo el Señor por medio del Profeta: *De Egipto llamé a mi hijo*» (Mt 2,15). El hijo al que se refiere el profeta Oseas es Israel. Pero Israel, como hijo de Dios, no cumplió la misión que le dio Dios de justificar a todas las gentes. Es Jesús, el Hijo de Dios, quien cumple la misión que Israel no supo llevar a cabo. Pero es importante notar la dirección del razonamiento de San Mateo. Jesús no es Hijo de Dios porque de Él se prediquen la suma de alusiones del Antiguo Testamento, sino que, como Hijo de Dios que es, realiza las promesas de Dios.

En el Deuteronomio, Moisés le dijo al pueblo judío lo que tenía que hacer para cumplir con la alianza. Allí Moisés especifica que hacen ese pacto libremente, pero luego no cumplieron con lo que prometieron, no fueron fieles a la alianza con el Señor. ¿Qué no hizo Dios por Israel? Les dio una tierra, les dio reyes y profetas, y luego les dio a su Hijo único. El pacto no sólo no fue cumplido, fue pisoteado por un grupo de judíos de la época.

Si no se conoce el Deuteronomio, no se entiende el Apocalipsis. La gran ramera de Babilonia de la que habla el Apocalipsis, tiene varias lecturas, ya que el texto sagrado está abierto. En una primera lectura, esa ramera es Jerusalén, que no quiso ser fiel a la alianza. En una segunda lectura, son las grandes ciudades actuales que se han rebelado contra el Señor y contra su Cristo.

Conocer a los Padres de la Iglesia

² S Hahn, *Roma, dulce Hogar*, p. 48.

Además de la Sagrada Escritura, conviene leer a los Padres de la Iglesia. Paulo VI dijo: Si alguien quiere comprender mejor el Concilio Vaticano II, debe conocer primero a los Padres de la Iglesia, porque el concilio ha sido un regreso a las fuentes de la vida cristiana, un retorno al espíritu de las primeras comunidades, un contacto con los grandes testigos de la predicación apostólica y con los constructores del pensamiento cristiano. Los Padres de la Iglesia, con su vida y con sus escritos, nos han dejado una herencia fundamental para interpretar la Biblia.

Para revitalizar la enseñanza cristiana, se ha de intensificar la lectura de la Biblia, y para ello, nos podemos valer de la exegesis clásica del cristianismo. Es alentador ver que hoy en día existe un anhelo creciente por acceder a esos textos espirituales sólidos y duraderos, que durante siglos han vigorizado a la Iglesia.